

¿Cómo evitar que las verdades sean amargas?

Hay quien nos ha reprochado que nuestro periódico tiene un sabor agrio, reflejó de un cierto espíritu de violencia; que no puede ser el animador de trabajos sociales emprendidos por mujeres. Hemos reflexionado sobre todo lo anterior, hemos revisado nuestras páginas y si bien puede ser cierto que a través de ellas se trasluzca la existencia de ideas definitivas sobre lo que acontece en nuestro mundo, lo que obliga a exponerlas descarnadamente, no creemos que sea justo pensar en una tendencia innata a la acritud aplicada a nuestro trabajo.

Ahora, si hay en nosotros falta de cultura, ello proviene de que nuestra ubicación frente a los acontecimientos no está impregnada de consideraciones sobre la "maldad" o "bondad de los hombres" y que por lo tanto nos parece siempre perdido el apelar a la mayor o menor suma de bondad existente en los representantes de las fuerzas que atacamos. Un comerciante no es un filántropo— dice un viejo refrán que nos parece muy justo.

Conocemos señores; que en la vida privada son espléndidas personas, honrados, serviciales y aun blandos de carácter ante las faltas de un amigo. Pues bien, a uno de esos señores le hemos oído opinar que la leche no ha subido en proporción con el alza de los otros artículos. El es un agricultor dueño de vacas lecheras. Es que ¿ganaríamos algo con decirle a ese señor: "¿Cómo es posible que Ud. no piense en la condición de los pobres, ni en la salud de los niños? ¿Si los suyos toman leche no constaría justo que tanto niño raquítico y sarnoso también la tome? ¿No sería más humano que Ud. bajara la le-

che para que los habitantes consumieran más de 40 gramos diarios lo que es una insignificancia?" Si yo le hablara así a ese Sr. seguramente me contestaría que el esfuerzo del capitalista debe tener una recompensa (el volumen de esa recompensa queda naturalmente a su criterio) que él expone en el dinero porque las vacas se pueden morir, que les puede dar la fiebre aftosa, que los pastos están caros y que cuesta mucho ganar dinero en la agricultura. Que lo que hay que hacer para bajar la leche es suprimir los excesivos impuestos que tiene en Chile la gente de trabajo (se refiere a las personas como él); suprimir la burocracia que se paga con esos impuestos, suprimir la Caja de Seguro Obrero, suprimir en una palabra todos esos intermediarios que ganan sueldos del Gobierno, pagados en última instancia de sus bolsillos. Si así se hiciera, entonces ellos podrían bajar los precios de algunos artículos.

Ya puestas las cosas en ese terreno, nos vemos obligadas entonces a recordarles a ese señor, una serie de cosas desagradables y de sabor francamente ácido. Nos vemos obligadas por ejemplo a decirles que ningún servicio se crea sin que existan razones que lo justifiquen. Que si la clase obrera ha luchado por la implantación del Seguro Obligatorio, de Cesantía, de Invalidez, de Enfermedad etc., que a ella le significa hacer grandes sacrificios en el desembolso de las imposiciones, ha sido porque los patronos no son filántropos; que si había uno que se hacía cargo de un empleado enfermo, había en cambio diez que lo botaban a la calle, y que si esa Caja sirve poco a los obreros y

mucho a los intermediarios como dicen los productores, que le hagan el reclamo señor de sus filias que la dirige y que si los patronos no hubieran sido tan egoístas no habría habido necesidad de crearla, pero para esto habría sido necesario que no fueran capitalistas, porque ese es el principio y el fin del sistema imperante: hacer individualmente un buen negocio.

La necesidad de ir hasta el fondo de las cosas nos obliga además a decirles que la existencia de todas esas Cajas y de toda esa burocracia que dirige servicios que marchan indudablemente mal, es el precio que ellos pagan como aporte al prestigio del Gobierno, y como manera de evitar desembolsos mucho mayores. Si ahora por ejemplo el Sr. Ministro de Salubridad presenta un proyecto de Medicina Preventiva en vez de pretionar por una efectiva alza de los salarios y una reducción de los artículos de primera necesidad, lo cual permitiría al pueblo comer normalmente, y precaverse efectivamente contra las enfermedades ¿no gana con esto el Gobierno y los patronos? El Gobierno podrá decir a continuación: "Nos hemos preocupado de la salud del pueblo", los patronos dirán: "Hemos hecho un enorme sacrificio y un nuevo desembolso, justo es entonces que nos permitan resarcirnos subiendo un poco los precios de la producción". El pueblo no dirá nada; pagará la parte de sus salarios que se le ha asignado y quedará peor que antes.

¡Ay, si la señora que nos hacía esa observación supiera lo difícil que es no decir cosas amargas!